

71. La familia

Al referirse a los laicos, Paulo VI no puede menos que referirse a la institución que es connatural a ellos: la familia, a la que como principio de procreación todos hemos pertenecido.

Recuerda el Papa que la familia ha sido llamada por el Concilio Vaticano II la «Iglesia Doméstica» (latín: domus = casa), es decir, la comunidad de los hijos de Dios que se realiza en el interior del hogar (a su vez «el hogar», palabra que originalmente designa el fuego que se enciende dentro de la casa para calentar a los miembros de la familia, es un modo de designar la casa como el lugar que a todos brinda calor, y al rededor del cual toda la familia se reúne para calentarse, convivir, charlar, compartir, comunicarse, y de este modo realizar el amor común, sin todo lo cual no puede haber ni casa ni familia, ni menos «Iglesia doméstica»).

A propósito de la Iglesia doméstica, bueno es reflexionar que ésta no sólo es el nido de procreación física del hombre, en cuanto que tradicionalmente en su ámbito acontecían los nacimientos, crecían y se realizaban los hijos; sino que también es el ámbito espiritual, y esto sigue ocurriendo y debe ser inalterable su desarrollo, en que se trasmite de padres a hijos, ya no únicamente la vida física, sino la moral (costumbres) y la espiritual (modo de pensar y de ser).

Si el hogar perdiera ese ser «nido espiritual y moral», igual que para bien ha dejado de ser «nido físico» en cuanto que desde luego, el niño y la madre son mejor atendidos en un hospital; si el hogar perdiera su ser «nido espiritual», habría así perdido su principal razón de ser: para nada habrían de servir los sustitutos: la escuela, el templo, la catequesis, etc. Y es de lamentar que esto sea lo que viene ocurriendo desde largo tiempo atrás:

- ◆ Antiguamente, ante una niñez y juventud poco intelectual, la madre al menos, pero también el padre, eran los primeros instructores de catecismo del niño, y en el hogar éste aprendía, vivencialmente también, las virtudes porque las vivían sus padres.
- ◆ Antiguamente la catequesis en el templo se veía como un complemento de la formación religiosa, moral y espiritual, del hogar y no como un sustituto total, pues este tipo de catequesis no deja de tener más de teoría que de vivencia; es decir, falta el ejemplo de los padres.

La Iglesia doméstica debe tener también su liturgia en la oración común, sea antes y después de los alimentos, sea en el rezo del rosario o de algún acto de piedad cualquiera.

Utilísimo sería que la Iglesia doméstica tuviera también dentro de su vida íntima la homilía, primero hecha por los padres y cuando los hijos crecen, por ellos mismos, mediante la lectura y reflexión espirituales.

Cuando la familia cristiana católica es consciente de su dimensión eclesial,

tanto a nivel individual por el Bautismo y a nivel esponsalio por el matrimonio, como a nivel grupal por la condición de «Iglesia doméstica», en familia realizan su santificación y salvación como «pequeño pueblo de Dios». Enriquecida por la Palabra de Dios, ofrecen nuevos valores y exigencias, ya que es el ambiente concreto para el reinado de Dios. En ella se perpetúa el pueblo de Dios, madurando juntos en la fe, siguiendo a Cristo y colaborando con El en la extensión del Reino de Dios (cf. LG 11; GS 49 al 51).

Cuando todos los miembros de la familia sienten la unión sacrificial que significa aceptar en común las realidades dolorosas y el esfuerzo por vencer las contradicciones, todo ello con espíritu de ofrecimiento a Dios, nos encontramos en presencia de un culto doméstico que une a la familia en el dolor, el trabajo, el sufrimiento, la pena, la alegría, la pobreza y la riqueza, la prosperidad y la adversidad, cuya esencia es la puesta en común de todas las experiencias de los miembros de la familia. Por ello es necesario analizar que:

- «Puesto que los padres han dado la vida a los hijos, tienen la gravísima obligación de educar a la prole, y por tanto, hay que reconocerlos como los primeros y principales educadores de sus hijos. Es, pues, deber de los padres crear un ambiente de familia animado por el amor, que favorezca la educación integral personal y social». (GE 3)
- Los padres cristianos participan en la obra del Padre Creador y de Cristo Pastor, ejercen su ministerio sacerdotal, colaboran en la edificación de la Iglesia y la familia.
- La comunidad familiar recoge y amplía los objetivos del matrimonio. Toda familia constituye un espacio de humanización, ofrece un ámbito óptimo para la realización personal y sirve como plataforma excepcional para el desarrollo de la sociedad (cf. FC 68, 17, 40, 43).
- La madurez en la persona es fruto de una educación a nivel individual, social, moral, religioso, sexual etc. Ya que la familia es una escuela de aprendizaje, que motiva a satisfacer, que exige y recompensa, que enriquece y personaliza a los padres, a los hijos, a los futuros esposos y hermanos.
- La familia puede ser una minisociedad de vivencia justa, si en cada familia se vive en justicia, paz, libertad, diálogo comunión y amor, haciendo que en la nación se reflejen estas virtudes (cf GS 46).
- «A imitación de la Iglesia apostólica, la familia escucha la Palabra de Dios y la proclama para edificar el Reino de Dios y así transformar desde dentro de la humanidad» (EN 17).
- La información y formación en la fe en general y del hombre nuevo en Cristo; la familia «llega a ser a la vez como la gran Iglesia, maestra y madre» (GE 3; GS 48; LG 41).
- Finalmente, la formación evangelizadora de la familia tiene su realización en el enterarse en común del Evangelio y del querer a la vez en común llevarlo

a la realidad de la vida familiar. Es a esto a lo que Paulo VI se refiere cuando nos dice que el hogar es «un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia».

Irradiar es la propiedad que tienen algunas cosas de emitir al exterior parte de sí mismas: el fuego irradia calor; el radio y otros cuerpos por semejanza llamados «radiactivos» irradian partículas de su propia masa que llegan a afectar a otros cuerpos. Y del mismo modo la familia cristiana debe ser «irradiante», lo que quiere decir: dar de sí, de lo que ella tiene y es en beneficio y salud de los que la rodean. Con una diferencia: los cuerpos radiactivos pierden parte de su masa en su actividad radiante y el fuego pierde su materia combustible hasta extinguirse; pero la familia activamente cristiana, lejos de perder en su irradiación, gana en ello gracia y vida sobrenatural, vigor y eficacia apostólicos que la hacen vivir más intensamente su vida familiar.

Todo este cuadro arriba pintado tiene por objeto llegar a la propuesta siguiente del Pontífice: cuando la familia es consciente de todo este modo de ser y de vivir, la evangelización es en ella a la vez en las dos corrientes: da de sí, irradia evangelización y la recibe, incrementándose día a día su vida evangélica. Evangelizarse evangelizando es el principio y plan de vida que debe tener toda familia cristiana.

Ya dentro del seno familiar, también tiene lugar esta doble corriente: cada miembro de la familia debe **evangelizarse evangelizando**: los padres a los hijos y entre sí; los hijos a los padres y entre sí. Porque si la familia debe irradiarse a los demás, malamente podría ser esto si entre sus propios miembros no existe esa irradiación.

Pasa a ocuparse Paulo VI de las familias que en su seno mismo tienen el grave problema de la evangelización: cuando, además de los inconvenientes comunes de nuestra naturaleza pecadora, se añade otro problema más: la disparidad de religión, la que es motivo de nuevas desavenencias entre los cónyuges y peligro moral y espiritual para los hijos. A estas familias dice el Papa: encuentren en el Evangelio un signo común que produzca la unidad de que adolecen por falta de una total fe común.

A éstos les aconseja partir de algo que ciertamente les es común: el **Bautismo**. Ambos cónyuges han sido bautizados en la fe de Cristo, y esto es un buen comienzo de unidad porque si es un bautismo, el mismo, el que les ha dado la posibilidad de ser hijos de Dios, en ese ser hijos de Dios encuentran ser una misma cosa. No es pues, simplemente el estar unidos, sino más allá, es ser una sola cosa en Cristo Jesús.

Cuando ellos hayan descubierto tanta riqueza de unidad, seguramente podrán dar pasos que los harán acercarse más y más: porque el siguiente paso es encontrarse en el estudio del Evangelio, el único, que también les es común. En este estudio podrán encontrar, si lo profundizan con espíritu sincero, muchísimas riquezas de comunidad.

No es fácil, señala el Papa, pero menos es imposible, porque van a descubrir

otro sacramento, que no sólo les es común, antes es un sacramento único que es de los dos, que se han ministrado mutuamente, y que ha sido posible para el uno en cuanto lo ha sido para el otro: el sacramento del matrimonio.

Mantenerse en la búsqueda de nuevos valores comunes será encontrarlos, hasta llegar a la plena identificación de la verdad que es en Cristo. Los hijos gozarán por causa de esta unión, sin la cual, y los padres lo saben, ellos sufren. Por razón del bien de sus hijos, también encontrarán los padres de matrimonios mixtos motivos de unidad.

Termina Paulo VI exhortando con breve frase a los laicos para que se constituyan en «familia evangelizadora» apuntando que de una familia así depende que se multipliquen las familias evangelizadoras, y que cuando éstas hayan proliferado el ambiente vecinal se habrá evangelizado; y, decimos nosotros, cuando los ambientes vecinales se hayan multiplicado, vendrá, entonces, la sociedad evangelizada. Antes no.

72. LOS JOVENES

Ya al hablar de la familia evangelizada y evangelizadora podemos decir que el Papa se ha referido a todos sus miembros. Sin embargo, tal es la importancia que concede a la juventud, que quiere referirse a ella por separado.

Aduce para justificar el concepto de importancia que la juventud implica, su número. No el absoluto, sino el relativo: vivimos en un mundo nuevo en que los jóvenes son los más, incluyendo en esta expresión los niños, los adolescentes y los jóvenes propiamente dichos. Por siglos y siglos las enfermedades mermaron a corta edad la juventud humana, por lo que los adultos, los que conseguían sobrevivir, eran los más en relación con toda la población del mundo. Pero al aparecer nuevas medicinas, sobre todo los antibióticos y las vacunas, la niñez se salvó en alto grado y como consecuencia la adolescencia y la juventud se multiplicaron arrebatando a la adultez la mayoría relativa.

Esto dio a la humanidad en el mundo, una nueva visión, un nuevo modo, de ser que hemos tenido que aprender a comprender y a convivir.

Anteriormente la influencia de la juventud en la sociedad era mínima, porque el criterio de los menos, menos influye. Hoy, por el contrario, la sociedad no puede dejar de tomar en cuenta este criterio, por más que en sí sea un criterio forzosamente problemático por la índole propia de la juventud.

Por todo ello es útil analizar valores y carencias, posibilidades e incapacidades de la juventud: valores tales como el entusiasmo, la facilidad de ilusión y la generosidad, valores todos que a manera de impulsor hacen que la humanidad avance; pero también en cierran estos valores peligros, ante todo el de que sean aprovechados por dirigentes sin escrúpulos que los hagan instrumento de bajos intereses. **Carencias** son las que hacen posible el engaño, ya que por fuerza la juventud no tiene experiencia, ni prudencia, ni temor: el peligro mayor es no saber de la existencia del peligro. **Posibilidades** que es fácil adivinar en las dotes juveniles apuntadas, las que hacen cierto el adagio: «Si la juventud supiera... y si

la vejez pudiera...». **Incapacidades** siempre presentes, difíciles de evaluar por la misma juventud, que se siente capaz de todo impulsada por el entusiasmo y la generosidad, y ciega por la falta de experiencia y de prudencia.

A todo ello responde la frase de Paulo VI: "...ofrecerles con celo e inteligencia el **ideal** que deben **conocer** y vivir. El ideal de los ideales: la vida divina, única capaz de despegar al hombre de la tierra, de su dimensión natural, para elevarlo a la sobrenaturalidad de lo divino. El joven sueña con ser grande, pero ignora que su verdadera grandeza esté en Dios, grandeza sin igual; ignoran que nacieron para la eternidad y se entusiasman por las pobres grandezas materiales. Despertar en ellos el ideal supremo de la **vida en gracia**, dárselo a conocer para que lo vivan hasta llegar a la **vida eterna**: ese es el trabajo por emprender.

No es difícil después de esto el siguiente paso: su generosidad propia les hará convenir en que tanto bien debe ser compartido con otros. Y bajo este signo nacerá dentro de ellos la fogosidad del apóstol, la donación del evangelizador. Más difícil, sin embargo, es darle autenticidad a esto: la recta fe, la espiritualidad en la vida de oración, son sólo inherentes al joven maduro, que ha traspasado la barrera de la superficialidad para adentrarse de lleno en el terreno de las responsabilidades cristianas. Hasta allí hay que llevarle, haciendo a la vez oración y sacrificio, porque eso sólo lo da Dios por la gracia, y hay que pedirselo al Señor para ellos.

El Papa expresa su esperanza en la juventud: recordemos: es ella la que puede, la que edificará el futuro; y no lo podrá hacer si los que saben hoy, la humanidad madura, no los guían. Evangelizar la juventud es, entonces, primordial necesidad.

Pero, es lógico también, independientemente de su participación de la vida dentro del seno del hogar, los jóvenes -más hoy que nunca- juegan un papel determinante sumergidos en ambientes que les son propios, donde sólo ellos pueden difundir el Evangelio con oportunidad y eficacia.

Tales ambientes juveniles están del todo -o casi del todo- vedados a los demás miembros de la Iglesia.

De aquí que, si hemos de considerar a cada uno de los católicos un elemento con que la Iglesia cuenta para cumplir su misión de propagar la evangelización en el mundo -y también los ambientes juveniles son ese mundo-, para transformarlo en el Reino de Dios -y también los ambientes juveniles deben ser, o llegar a ser, el Reino de Dios-, forzoso es que cada joven contemple con claridad meridiana el papel que le toca desempeñar como miembro activo de la Iglesia.

Ya nos ha dicho anteriormente el Pontífice que allá donde va un cristiano va en la Iglesia, y que por ello él está obligado a dar testimonio -con el ejemplo de vida primero, y con la palabra después- de su esencia de cristiano. Como a todos los demás miembros vivos del Cuerpo Místico de Cristo, le es impropio «vivir dos vidas» diametralmente opuestas, de modo que una, la de cristiano, sea vivida a ciertas horas del día o en determinadas circunstancias de su existencia, y la otra, la de los ambientes de juventud, la vida en forma contradictoria.

Allá, a donde él vaya, ira la Iglesia, sí, y lo debido siempre será que de él y de la Iglesia toda se diga: «Mirad como son los cristianos», «Contemplad qué es ser cristiano».

Finalmente, si los jóvenes son los únicos cristianos apostólicos que pueden vivir su cristianismo en aquellos lugares y entre aquellas gentes, ellos están -y únicamente ellos- comprometidos, urgentemente, a transformar desde dentro, como joven levadura, la masa indiferente unas veces, otras incrédula, y no raramente contraria a la voz del Evangelio.

Las palabras patéticas de Jesús: *"Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas"* (Mt 10,16) son a la vez seria advertencia en bien de ellos mismos a fin de que no sean absorbidos por el ambiente nocivo; y una lección acerca del tamaño del apostolado que les es propio.

Por otra parte, el joven debe tener presente que la juventud **no es un estado permanente**, sino una situación transitoria de la vida del hombre. Concepto que siempre debe el joven considerar a través de esta época de su existencia, pues fácil es caer en el sofisma (del griego "σοφία" "sophia"= sabiduría, es el razonamiento aparentemente correcto, pero realmente falso y como tal inductor al engaño), a veces inconsciente, de sentirse eternamente joven, con lo que el engañado se conduce como si la adultez y la ancianidad fueran algo extraño para él, cuando en realidad todas estas son etapas subsiguientes de la vida del hombre que, encadenadas, deben constituir cada una la preparación de la que le sigue.

Por esta verdad incuestionable, el joven habrá de dedicar con sensatez los años juveniles a madurar en la capacidad de afrontarla problemática propia del futuro que le tocará manejar y resolver, precisamente cuando los que ahora a él le sirven en la adultez y ancianidad hayan desaparecido de nuestro escenario; deberá prepararse para convertirse en servidor de los que le siguen.

Cuando el joven construye su vida dentro de toda esta realidad, entonces -sólo entonces- es útil a la sociedad.

Y como la Iglesia, el -Reino de Dios- es eso: una sociedad, los jóvenes cumplirán sus obligaciones de miembros útiles de ella de la manera que queda dicha: no colocándose en posición de ajenos o, lo que es peor, de ser eternamente servidos por los adultos y los ancianos; o de pretender que los niños que vienen tras ellos no les necesitan o les van a necesitar. Esta posición negativa, fruto del egoísmo, los convierte en **miembros muertos** de la Iglesia -que dice San Pablo- porque es una verdadera situación real, de pecado, de miembro por su voluntad y decisión perjudicial para el Cuerpo Místico de Cristo.

El Papa nos hace recordar un factor más de intervención de importancia creciente de la juventud: el número: es un hecho de todos sabido, que en el mundo existe una humanidad «joven», esto es que la niñez y la juventud son superabundantes comparadas con la adultez y la ancianidad, que los miembros de la humanidad en edad temprana supera con mucho a los de edad tardía. ¿Por

qué? ¿es esto un factor determinante? es fácil entenderlo: en esta ventaja de número la juventud, según sea su signo, positivo o negativo, influirá notablemente en el mundo. Es una juventud que, además, ha tomado la iniciativa, con ansias creadoras, dinámica, emprendedora. Si siendo así es a la vez cristiana, sus ideales de seguimiento de Jesucristo contagiarán al mundo.

Por esto en este breve número Paulo VI vuelca su esperanza de conversión sobre la juventud deseoso de comunicarle el que fue ideal de su propia vida, el ideal de Cristo y de toda la cristiandad verdaderamente viva y operante: convertir el mundo en Reino de Dios. Un ideal que se identifique con el de Jesús: *"He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!"*

Este fuego de que nos habla el Señor es el del amor, el que jamás se generalizará en el mundo si privan el egoísmo y sus dolorosos frutos de injusticia, engaño, explotación, violencia, ausencia del sentido de dignidad personal -incluso de la propia-, asesinato y suicidio. Caben dentro de la explotación, además de lo que es propiamente ésta: obligar al prójimo a realizar aquello que se quiere de él sometiendo su voluntad mediante su necesidad, una explotación con mucho más degradante para él, creándole necesidades y satisfactores de alto precio: alcoholismo y drogadicción; comodidades y lujos excesivos; placeres caros y vergonzosos; todo esto para robarle, humillarle y sujetarle por medio de la pérdida de su sentido de dignidad personal. Cabe así mismo la prostitución aquí, por la cual se lleva y obliga mediante la paga -y a veces sin ella- a actos sexuales prohibidos.

Dada su inexperiencia, vigor, dinamismo y lo principal, su idealismo, por todos estos medios es fácil manipular y someter a los jóvenes a la esclavitud del mal, y a tomar banderas de falsa redención, de desquite de injusticias, de supuestas mejorías sociales.

El joven cristiano tiene otros ideales y banderas muy distintas que tienen su origen en el amor y el espíritu de donación y servicio, aquellos mismos fines que Cristo nos fijó y que determinó con su ejemplo.

Fijémonos que Paulo VI nos advierte que nada de esto se dará como fruto en el joven -al igual que en el adulto- sin la vida interior. Por ello nos habla de la necesidad de cimentación profunda en la fe -la esperanza es realización de la fe en nuestro ser- y el amor divino. La oración es como el fertilizante indispensable que abonará en nosotros las buenas intenciones para hacerlas florecer y dar fruto.

Ya sabemos que la oración es de dos tipos: la de petición a la que con más frecuencia nos damos por causa de nuestras necesidades -es la manifestación de nuestra esperanza- y la con mucho más perfecta de la búsqueda de Dios por El mismo, a la que llamamos meditación -y que es la expresión de fe-. Esta es más a la que se hace referencia cuando se habla de vida interior, ya que por su camino nos encontramos con el Señor, vibramos al contemplarle en sus infinitos atributos o perfecciones, sobre todo el del amor por nosotros. Mediante la oración de la meditación nos identificamos con El, vivimos su vida, gozamos de sus exce-

lencias; y cuando así hemos tenido encuentro con Aquél para el que hemos sido creados, quien es el Centro y razón de nuestro vivir, conforme a aquello del Apóstol: *"Con Cristo estoy crucificado y, vivo, pero no yo, sino que Cristo quien vive en mí"*. (Gal 2,20), y también: *"Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte, pues para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia"* (Flp 1,20-21).

Mayor identificación no puede darse con Dios, pero tan gran identificación tampoco puede darse sin vida interior. Una y otra se corresponden en tamaño: a una vida interior profunda corresponde una identificación mayor con Cristo.

Sólo así se puede ser apóstol: sólo un joven con vida espiritual abundante puede ser apóstol de otros jóvenes; sólo, la identificación con Cristo puede hacernos otros Cristos capaces de hacer de otros jóvenes nuevos Cristos.

El mundo, que no conoce a Cristo (Jn 1,10) malamente no puede simpatizar con los apóstoles jóvenes, porque no son del mundo (Jn 17,14): *"Yo les he dado tu Palabra, y el mundo les ha odiado porque no son del mundo, como Yo no soy del mundo"*. Sólo la Iglesia y sus miembros vivos, los que no son del mundo (Jn 17,25) porque han aceptado el Mensaje del Padre por medio de Jesucristo, sólo ellos admiran a los jóvenes apóstoles que se lanzan al mundo para rescatar a muchos inmersos en los ambientes juveniles de este mundo: *"Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me consagro a mí mismo, para que también ellos sean consagrados en la verdad"* (Jn 17,19).

Una identificación más con Cristo: en el apostolado: El se consagró en el sacrificio de la cruz para salvarnos; nuestros jóvenes se consagran en el apostolado para servir a la Verdad, y llevarla a donde quiera que impere el error.

Los jóvenes son signo de la esperanza: una sociedad sin juventud es una sociedad condenada a desaparecer. Por ello la, Iglesia, tomada como una sociedad perfecta, deposita en sus jóvenes su esperanza, la esperanza que tiene en ellos para realizar su misión, salvadora por medio de ellos, sus miembros adecuados para santificar determinados ambientes.

Pero el mundo, al fin también formando diversas sociedades, no ignora todo esto, ni el valor de los jóvenes en la lucha secular entre el bien y el mal. Por ello -quizá más agudo que en otro sitio- actúa por ganar la juventud para su causa contraria a Cristo. No le es difícil disfrazar su contradicción como un ideal y su actividad destructora como un apostolado. Es entonces cuando el joven cristiano, en su servicio de portador de la verdad, puede encontrar campo y ocasión de apostolado. El Pontífice expresa la confianza que la Iglesia tiene en sus misioneros jóvenes, ante todo fundada en su vida interior: un joven que no vive la vida divina no ofrece confianza: corre el riesgo de perderse en el ambiente nocivo al que le toca enfrentarse. Se ha dicho: «O conquistas el ambiente, o el ambiente te conquista»; «o ganas tú para Cristo el ambiente, o el ambiente te absorbe», contagiándote sus costumbres transmitiéndote sus principios, inficionándote con su pensamiento y con sus máximas mundanas. La Iglesia cierto, deposita en los jóvenes su confianza; hacéos dignos de esa confianza.